

cima de la silla, la cama medio destruida, el jergón á medio arder, los papeles reducidos á cenizas. Todas decían que forzosamente había de concluir así, y que ellas lo habían predicho desde que el viejo se había vuelto otra vez á la edad de los chiquillos. ¡Y gracias, gracias á que toda la casa no había ardido con él!

VI.

Dos días después, la mañana misma en que debía ser enterrado el tío Fouan, Juan, rendido por una noche de insomnio, se despertó muy tarde en el cuartito que ocupaba en casa de Languigne. Aun no había ido á Chateaudun al asunto de su pleito, única cosa que lo retenía en Rognes; todas las noches dejaba el negocio para el día siguiente, cada vez más vacilante á medida que su cólera se calmaba; y lo que le había tenido aquella noche inquieto, temeroso, desvelado, febril y sin saber qué decisión tomar, era el último combate que libraba.

¡Esos malditos Buteau! ¡asesinos bestiales, á los cuales todo hombre honrado debía hacer que les cortasen la cabeza! En cuanto supo la muerte del viejo, comprendió lo que había pasado. Aquellos infames acababan de asesinarlo, sin duda para que no hablase, y sospechaba que harían lo mismo con él con igual objeto. ¿Por qué no había de denunciarlos en seguida? ¿No era eso lo conveniente y además lo honrado? Sí, decididamente así lo haría; en cuanto se levantase, los gen-

darmes del pueblo tendrían noticia de lo ocurrido.

Pero cuando á eso de las nueve Juan se tiró de la cama, metió la cabeza en una palangana llena de agua fría. Bruscamente adoptó una resolución: no denunciaría á nadie, ni siquiera entablaría el pleito para que le diesen la mitad de sus bienes. Allá ellos se las compusieran como pudieran, y se devorasen unos á otros. Mejor. A él sólo le importaba marcharse, porque no le ahogase el odio y la rabia de pensar que había pasado diez años en Rognes. ¡Él que tan contento había soltado el uniforme de soldado después de la guerra de Italia, había pasado aquellos diez años entre verdaderos salvajes! ¡Gentes que robaban y asesinaban con la mayor frescura! ¡No, no, ya basta—se decía—de estar entre estos lobos!

En aquel momento fijó distraidamente la vista en un periódico que Juan había subido de la taberna la noche antes. Tomaba interés por las noticias de la guerra próxima, por aquellos rumores de una guerra inminente que traían á maltraer á todos los habitantes de la comarca hacía ya unos cuantos días. Pensó en aquellas noticias y desaparecieron sus últimos escrúpulos de marcharse, que nacían de no saber dónde irse. ¡Sí! ¡iría al ejército, á batirse de nuevo; se reengancharía!

Vistióse, tarareando los toques de corneta que recordaba de los campos de batalla en Italia. Recordábalos con placer y sentía cierto consuelo al pensar en que podría matar cuantos prusianos quisiera.

Bajó de su cuarto y se comió un par de huevos fritos y un pedazo de jamón que Flora le sirvió. En seguida llamó á Languigne, le pidió su cuenta y la pagó.

—¿Os vais, Caporal?

—Sí.

—¿Os vais! ¡será para volver!

—No.

El posadero estaba asombrado y le contemplaba sin atreverse á formular en voz alta sus reflexiones. ¿Conque es decir que aquel grandísimo tonto renunciaba á sus derechos sobre la mitad de los bienes de su mujer?

—¿Y qué vais á hacer ahora? ¿Volveréis á ser molinero?

—No, soldado.

Languigne no pudo contener una sonrisa de desdén. ¡Aquel muchacho era un imbécil!

Juan no quiso abandonar el pueblo sin ir á visitar la tumba de Francisca.

A espaldas de la iglesia se hallaba situado el cementerio, circuido de una tapia tan baja, que desde cualquier parte se podía ver el horizonte en todas direcciones.

Ante la tumba de Francisca estaba Juan de Fouan. Al lado esperaba abierta la fosa del anciano Fouan, cuyo cadáver sería depositado allí de un momento á otro. Y Juan, penetrado de aquella paz de la muerte que reinaba en el cementerio, desierto y triste en aquella hora, se abstraigo durante un buen rato, hasta que lo distrajo el triste toque de la campana que anunciaba la llegada de otro cadáver. El de Fouan sin duda.

El sepulturero apareció cojeando; iba á echar una mirada á la fosa para ver si todo estaba preparado.

—Es demasiado pequeña—dijo Juan, que permanecía allí, conmovido y deseoso de ver.

—¡Ah, bah!—respondió el cojo;—demasiado grande, porque como el pobre se ha quemado, se ha embebido mucho.

El día antes los Buteau habían estado temblando hasta después de la visita del doctor Finet; pero la única preocupación del médico era firmar pronto el parte y el certificado, para acabar cuanto antes y ahorrarse viajes. Si al ver el cadáver concibió alguna sospecha, se guardó muy bien de manifestarla; aquello era más cómodo.

Intranquilos los Buteau, no tuvieron más que prepararse para resistir el choque de la familia; pero eso estaba previsto y les encontró firmes y decididos. Cuando se presentó la Grande, ambos rompieron á llorar porque no se dijera. La vieja los miró sorprendida y les dijo que no había para qué llorar de aquel modo, añadiendo que sólo iba para distraerse, puesto que no le tocaba parte alguna de la herencia. El peligro comenzó cuando aparecieron Fanny y Delhomme. Precisamente éste acababa de ser nombrado alcalde en vez de Macqueron, lo cual tenía á su mujer tan orgullosa, que casi estallaba en el pellejo. Había sido fiel á su juramento, y su padre se murió sin que hubiesen hecho las paces; y tan abierta estaba aún la herida de su susceptibilidad, que delante del cadáver de su padre sus ojos permanecieron secos sin derramar una lágrima. En cambio, Jesucristo, que llegó borracho como una cuba, se abrazó al muerto y lo humedeció con sus lágrimas, dando unos gritos que atronaban á todos.

Todos se reunieron en la cocina, donde Elisa había preparado unos vasos de vino, y allí comenzaron á charlar. Buteau contó lo sucedido, diciendo

su sorpresa y su espanto cuando se encontraron con la catástrofe, que habían presenciado con ellos en los primeros momentos la mujer de Frimat y la de Becú, las cuales podían decir cómo estaba la vela caída de la silla, junto al jergón, y los pedazos de papel hechos cenizas por el suelo. Durante este relato todos le miraban con fijeza, sin que él se turbara lo más mínimo. Evidentemente la familia sabía que él guardaba el dinero del viejo, cosa que le tenía sin cuidado, con tal de que no se lo dijeran y empezaran á fastidiarle. Fanny se desahogó con su ruda franqueza, llenándolo de insultos y de improperios, llamándoles ladrones y asesinos y diciéndoles que habían quemado al viejo para robarle los cuartos. Jesucristo, cada vez más borracho, lloraba como un chiquillo. ¡Por vida de Dios! ¡habría hijos tan caribes, que fueran capaces de matar á su padre!

Entonces Delhomme se levantó y fué á cerrar las puertas y las ventanas para que no se oyese el escándalo; que por ahora tenía necesidad de defender el prestigio de su posición oficial; además, había sido siempre partidario de las soluciones pacíficas y razonables. Así es que acabó por decir que esas cosas no se decían. ¡Estaban frescos, si los vecinos se enteraban de todas aquellas lindezas! Habría que ir á los tribunales, y todos se fastidiarían, y tal vez pagasen justos por pecadores. ¡No! cuando en una familia hay gente canalla, hay que dejarlos con su canallería y desear que ésta los ahogue y nada más.

La Grande se quedó en la casa para beberse el café que les hubiese quedado del día antes. Los otros se fueron sin despedirse; pero á los Buteau

les tenía todo sin cuidado desde que vieron que se quedaban con el dinero y que por prudencia nadie les atormentaría.

En el pueblo se hallaban en un verdadero conflicto; otra vez se habían quedado sin cura, porque el Ayuntamiento no pagaba al padre Madeline, y éste, harto, como su antecesor, los había dejado plantados.

Así es que por aquel día no se pudo tocar á muerto anunciando el entierro. Al día siguiente el alcalde dió orden á Becú para que tocase. Ya se vería luego cómo se las arreglaban. En casa de los Buteau todo estaba corriente. El cuarto donde el viejo se hallaba de cuerpo presente había sido arreglado y ya no se veían huellas del incendio.

Y la campana seguía tocando, cuando la familia, reunida á la puerta de la casa para acompañar al cadáver, vió llegar al padre Godard bufando, falto de respiración de la carrera que traía.

Era que precisamente aquel mismo día recibió orden del Obispo para cuidarse del culto de Rognes, fuera como fuera, porque la autoridad eclesiástica no podía consentir aquel abandono.

El bueno del cura no avisó ni saludó á nadie; se metió en la iglesia, volvió á salir en seguida con la sobrepelliz, seguido de dos monaguillos que llevaban el uno la cruz, el otro el hisopo del agua bendita. Al galope disparó sobre el cadáver unas oraciones, más que rezadas, murmuradas entre dientes, y sin preocuparse de si los sepultureros le seguían ó no, volvió á la iglesia y empezó á decir misa, que dijo al galope también.

La gente ni extrañaba la conducta del cura ni

se enfadaba por ella. Era natural que el pobre hombre estuviese furioso con su derrota.

Concluida la misa, se formó el cortejo y se encañaron al cementerio.

Cuando al llegar allí los Buteau se encontraron con Juan, cambiaron rápidamente una mirada de inteligencia y de temor.

Jesucristo, que formaba un grupo con Fanny y su marido, gruñía furioso contra sí mismo porque la antevíspera estaba tan borracho que no supo qué contestar á los Buteau, quienes evidentemente los habían robado de una manera escandalosa.

—Ellos tienen el dinero—dijo.—No sé por qué no habíamos de ponerles pleito. ¡Por vida de Dios! ¿vamos á hacerlo?

Su hermana se apartó de él, negándose terminantemente á tal procedimiento.

—No, no hijo—exclamó;—yo no quiero más historias ni más gente de curia. Bastante tengo con mis asuntos. Si tú quieres entablarlo, allá tú.

Jesucristo tuvo entonces también un gesto de abandono y de temor, porque no pudiendo poner de su parte á su hermana, no tenía fe ninguna en sus relaciones personales con los tribunales de justicia.

El cura mascullaba los últimos versículos del responso, sacudía el hisopo para rociar de agua bendita el ataud, y dió por terminada su tarea con estas palabras:

—*Requiescat in pace.*

—*Amén*—contestaron los dos monaguillos.

Y el ataud bajó á la fosa. El sepulturero le había atado dos cuerdas. Dos hombres bastaron para la operación; aquello no pesaba más que la

caja que encierra el cadáver de un niño. En seguida empezó el desfile, no sin que antes todos los concurrentes fueran rociando la tumba con el hisopo.

Juan, que se había acercado, lo cogió de manos del Sr. Charles, y sus ojos se fijaron en el fondo del agujero cavado en tierra.

Delhomme se retiró un momento para hablar con el cura, que se marchaba, y cuando volvió se encontró en medio de una disputa terrible. Los concurrentes se detuvieron contemplando tristemente á los sepultureros mientras echaban tierra sobre el ataud; pero la casualidad quiso que Macqueron estuviera al lado de Languigne, y éste acababa de increpar duramente al otro á propósito de la cuestión de los terrenos.

El desprecio con que Macqueron le trataba acabó de exasperar á Languigne, el cual se dirigió á Delhomme que se acercaba al grupo.

—¡Oye, tú! ¿es que vas á consentir como alcalde que se nos insulte impunemente y que además se realice la injusticia de que éste se quede con terrenos que no son suyos?

Macqueron se encogió de hombros, y Delhomme explicó que puesto que aquél los había pagado, los terrenos le pertenecían.

Buteau, sin poderse contener, se mezcló en la cuestión, tomando partido á favor de Languigne, y desde aquel momento la escena se convirtió en un escándalo terrible, en el cual tomó parte toda la familia, olvidándose del muerto y de que lo estaban enterrando.

El odio inveterado de aquella gente estallaba con furia sin igual.

Tal vez hubiesen venido á las manos sin una exclamación de Juan, que les hizo volver á todos la cabeza.

—¡ La Borderie está ardiendo!

No era posible la duda; las llamas se escapaban por el techo, vacilantes y pálidas; una nube de humo espesísimo subía lentamente hacia el cielo por la parte del Este. Entonces vieron á la Trouille que llegaba á carrera tendida desde la granja. Había sido la primera en observar el fuego, y corría presurosa para dar la noticia.

—¡ Oh! ¡ cómo arde!..... ¡ Ese canalla de Trou, que ha vuelto, ha prendido fuego! Y en tres sitios, en la granja, en los establos y en la cocina..... Le han cogido cuando estaba encendiendo la paja, y los jayanes le han medio matado á palos..... Las vacas, los caballos, los carneros, todos se queman. ¡ Hay que oírlos! ¡ Dan miedo los bramidos!

—¡ Y Santiaguilla!—siguió diciendo la muchacha.— Porque hay que advertir que estaba mala desde la muerte del amo. Se han olvidado de ella y estaba sola en su cama..... Ya empezaba á tosetarse, y apenas ha tenido tiempo más que para escaparse en camisa. ¡ Ah! ¡ qué figura tan rara hace una corriendo por esos trigos completamente desnuda!..... Un criado viejo de la granja, al verla escapar, ha dicho: « ¡ Ahí la tenéis; se va lo mismo que vino, con la camisa y nada más! »..... Venid, venid á verlo; es muy divertido; yo me vuelvo allí.

Y sin despedirse tomó carrera otra vez y se encaminó á la granja.

El Sr. Charles, Delhomme, Macqueron, casi todos los campesinos la siguieron, en tanto que el

grupo de mujeres, al frente de las cuales iba la Grande, salió del cementerio á la carretera para presenciar mejor el espectáculo.

Buteau y Elisa, que se habían quedado detrás, preguntaron á Languigne lo que supiera de Juan, y cuando el tabernero les dijo que se iba del pueblo porque estaba decidido á reengancharse en un regimiento, Elisa y Buteau, libres de una carga pesada, exclamaron al mismo tiempo:

—¡ Qué imbécil!

Luego se marcharon con los chicos, Julio y Laura.

En el cementerio no quedaba más que Juan y Jesucristo. Este último, indiferente ante el espectáculo, se contentaba con mirar el incendio desde lejos. De pie entre dos tumbas, estaba inmóvil, y con los ojos vidriosos fijos en el espacio como si estuviese soñando, y su fisonomía de borrachín empedernido expresaba la melancolía final de toda filosofía. Acaso estuviese pensando en que la vida se va como el humo. Y como las ideas graves le excitaban siempre, acabó por levantar la pierna. Soltó uno, soltó dos, soltó tres, largos, húmedos, calentuchos.

—¡ Por vida de Dios!—dijo Becú, que muy borracho pasaba por el cementerio para dirigirse al lugar del fuego.

El cuarto le llegó tan cerca al pasar, que le pareció sentir la humedad en la mejilla. Al alejarse le gritó á su amigo:

—¡ Si continúa ese viento, va á llover mierda! Jesucristo se palpó.

—¡ Toma! ¡ pues si es verdad..... tengo ganas de ensuciar!

Y con las piernas abiertas y desabrochándose desapareció al otro lado de la tapia.

Juan estaba solo. A lo lejos se veía el formidable incendio de la Borderie. Lentamente recogió la vista y la fijó en la tierra aun removida, bajo la cual dormían Francisca y el viejo Fouan.

Sin saber por qué, estaba conmovido y lleno de esperanza.

Esos trastornos políticos que se anunciaban eran algo parecido á lo que se cuenta de las revoluciones. El suelo, decían, pasaría á otras manos; las cosechas de los pueblos de allá abajo vendrían á aplastar las nuestras; en nuestros campos sólo habría espinas. ¿Y qué? ¿acaso se puede uno pasar sin la tierra? Siempre pertenecerá á alguien, y este alguien se verá obligado á cultivarla para no morir de hambre. Si durante algunos años creciese en ella la mala hierba, esto la descansaría, volvería á ser joven y fecunda. La tierra no entra en nuestras riñas; trabajadora, infatigable, eternamente consagrada á su trabajo, no se ocupa de nosotros más que de las hormigas.

Había también en sus pensamientos dolor, sangre, llanto, todo lo que se sufre, todo lo que rebela: Francisca muerta, Fouan muerto, los pillos triunfantes, la miseria sanguinaria y podrida de las aldeas deshonrando y royendo la tierra. Sólo que ¿quién sabe? lo mismo que la helada que quema las mieses, el granizo que las agosta, el rayo que las quema, son tal vez necesarios, es posible también que para marchar el mundo necesite sangre y lágrimas. ¿Qué pesa nuestra desgracia en la gran mecánica de las estrellas y del sol? ¡Bien se ríe de nosotros el buen Dios! Ganamos nuestro

pan en una lucha terrible de todos los días. Y sólo la tierra queda y persiste, la madre de que salimos y á la cual volvemos, á quien amamos hasta el crimen, y que para su fin ignorado rehace continuamente la vida, aun con nuestras abominaciones y miserias.

Durante largo rato, todas aquellas ideas, confusas como en un sueño, mal formuladas, rodaron por el cráneo de Juan. Pero á lo lejos sonó una corneta, la corneta de los bomberos de Bazoches-le-Doyen que llegaban á la carrera, aunque muy tarde.

Al oirla se enderezó bruscamente. Era la guerra que pasaba por el humo, con sus caballos, sus cañones, su clamor de exterminio. ¡Ah! sí; decididamente, puesto que no tenía corazón para trabajar en ella, á lo menos iría á defender con su sangre esta vieja tierra de Francia.

Ya se iba, cuando por última vez paseó sus miradas por las dos fosas, y luego por los campos extensos de la Beauce, que estaban sembrando en aquel momento. Los muertos, las simientes y el pan salían de la tierra.

FIN.